

Descansad un poco
Autor: E. E. Hücking

Texto bíblico:

Marcos 6:30-32

2 Samuel 7:18-29

Descansad un poco

Nuestro Señor es sensible a las necesidades de los suyos. Lo vemos, por ejemplo, cuando lleva a sus discípulos a un lugar desierto para descansar un poco de las idas y venidas de la multitud. “Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco”. ¡Qué bello testimonio de sus cuidados!

Pero este reposo no es solo exterior. El Señor quiere que los suyos sean fortalecidos y enriquecidos interiormente, que su alma respire. La **comuni3n** con 3l es particularmente importante en esos momentos.

Esto es lo que David hab3a comprendido. Si bien supo refugiarse en el coraz3n de Dios en tiempos de angustia, como lo demuestran muchos de sus salmos, lo vemos tambi3n, cuando estaba confundido por la bondad y la gracia de Dios, acercarse a 3l para reposar su coraz3n.

“Y entr3 el rey David y se puso delante de Jehov3, y dijo: Se3or Jehov3, 3qu3n soy yo, y qu3 es mi casa, para que t3 me hayas tra3do hasta aqu3?” (2 Samuel 7:18). Dios acababa de darle, por medio del profeta Nat3n, maravillosas promesas para 3l mismo y para su descendencia, las cuales durar3an hasta un futuro muy lejano. David se sienta delante de Dios, pero esta vez no se trata de demandas ni de peticiones, que se presentar3an de rodillas, sino de comuni3n. Quiere tener un encuentro cara a cara con Dios y compartirle lo que tiene en su coraz3n. Antes, Dios hab3a hablado a David por medio del profeta, y ahora, es David quien habla con Dios.

“Se3or Jehov3, “3qu3n soy yo...?”. Este concepto de s3 mismo glorifica a Dios. Al mismo tiempo, honra a David, ya que 3l da toda la gloria a Dios. Todo deseo y toda pretensi3n, incluso las mejores, son apaciguados. El coraz3n se regocija solamente en la gracia de Dios. Y all3 reposa.

David sigue diciendo: “Por tanto, t3 te has engrandecido, Jehov3 Dios; por cuanto no hay como t3, ni hay Dios fuera de ti, conforme a todo lo que hemos o3do con nuestros o3dos” (v. 22). Tal es la apreciaci3n de David respecto a Dios, su visi3n de Dios, cuyo fundamento se remonta muy atr3s en el tiempo. “Todo lo que hemos o3do con nuestros o3dos” implica, al menos, la poderosa liberaci3n de Egipto, esta liberaci3n que hab3a sido “o3da” incluso por paganos id3latras y los hab3a asustado (Josu3 2:10). Sin embargo, el pensamiento de David incluye tambi3n, sin duda, el llamamiento de Abraham y la elecci3n de su descendencia como pueblo de Dios, y la gloria del Dios creador, la cual fue proclamada oralmente desde el principio.

Después de pensar en Dios, los pensamientos de David se dirigen hacia el pueblo de Dios. “¿Y quién como tu pueblo, como Israel, nación singular en la tierra? Porque fue Dios para rescatarlo por pueblo suyo... y para hacer grandezas a su favor, y obras terribles a tu tierra” (v. 23). Aquel que tiene pensamientos elevados respecto a Dios tiene también pensamientos elevados respecto al pueblo de Dios, y esto en el contexto de pensamientos humildes en cuanto a uno mismo.

Entonces, nos preguntamos: ¿Cuáles son nuestros pensamientos respecto de nosotros mismos, de Dios y de su pueblo?

“¿Quién soy yo... para que tú me hayas traído hasta aquí?” No hay mucho para decir al respecto. Todo es gracia, todo es misericordia, no hay ningún crédito en nosotros mismos si hemos llegado hasta este punto. Pero, ¿vivimos y actuamos realmente en ese sentimiento?

¿Con qué perspectiva miramos a nuestro Señor? En la parábola de Mateo 25, el siervo a quien le fue dado un solo talento dijo: “Señor, te conocía que eres hombre duro” (v. 24), probando, de esa manera, que él no le conocía en absoluto. Seguramente, ninguno de nosotros querrá identificarse con este siervo; su fin era “las tinieblas de afuera”, lo que no puede acontecerle a ningún creyente. Sin embargo, subsiste la pregunta: ¿cómo vemos a nuestro Señor? A sus discípulos tan desconfiados, que muchas veces no lo comprendían, les dijo: “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lucas 22:28). No, ¡un Señor así no es un “hombre duro”!

¿No debería eso impregnar de modo más acentuado nuestros pensamientos y nuestras palabras? ¿Cuán a menudo sucede que, en vista de las debilidades y problemas en el pueblo de Dios, el pensamiento del amor de Dios que busca cautivar los corazones, de su gracia y su poder, pasan a un segundo plano! Entonces, damos una imagen de un Dios sombrío y ponemos un velo en nuestras predicaciones. ¿De qué estamos hablando? ¿De perseverancia, de obediencia, de disciplina...? Por supuesto que debemos humillarnos ante nuestras faltas, pero la humillación, por más necesaria que sea, no tiene en sí misma ninguna fuerza; el gozo en el Señor es nuestra fuerza (compárese con Nehemías 8:10). No olvidemos que el corazón del profeta Elías, en un momento de crisis, no fue cautivado por el viento, ni por el terremoto, ni por el fuego, sino por el “silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:11-12).

Pero, en lo que concierne al pueblo de Dios, no hay pensamiento más elevado que este: Dios ganó su Iglesia por medio de la sangre de su propio Hijo (Hechos 20:28). Su Hijo amado, el don que él dio para adquirir a su Iglesia, es la medida de la estimación que él tiene de ella y del precio

que ella tiene para él. Recordemos siempre que mi “hermano” es “aquel por quien Cristo murió” (Romanos 14:15). Y de igual manera para mi hermana. ¡Que noble y saludable lazo para unir a todos los creyentes!